

Naturaleza, una fuerza emanada del espíritu, con la cual no puede compararse la ciencia adquirida, ó se presenta la inventiva como lo que hay de más elevado, como el más hermoso de los dones. El cantor de Tebas da también novedad á las narraciones legendarias en que otros poetas creían deber ser fieles á la tradición. Simónides aludiendo á esto exclama: «El vino nuevo no debe hacer desmerecer al del año anterior; esta narración es pueril»; y Bachílides: «Si alguno piensa de otro modo, el camino es ancho»; y en otro lugar: «Si uno sabe á otro lo debe, lo mismo en los tiempos antiguos que hoy; pues no es tarea fácil inventar poesías nuevas»¹⁾.

¹⁾ Plutarco, *Numa* 4. Fragm. 37 de Bergk. Clemente Alejandrino, *Stromata* 5, p. 687 de Potter. Fragm. 14 de Bergk.

CAPÍTULO XV

Pindaro

Nació Píndaro la primavera del año 522 a. Chr., 3 de la 64.^a Olimpiada y se encontraba por consiguiente en la flor de la edad cuando Xerjes invadió la Grecia y cuando se libraron las batallas de las Termópilas y de Salamina; según todas las probabilidades murió octogenario¹⁾. Vivió por tanto Píndaro en la etapa de la vida del pueblo griego á que puede llamarse la madurez de la adolescencia y el comienzo de la edad viril: la época en que la nación helénica desplegó aquella energía de acción, aquel espíritu emprendedor y entusiasta jamás igualado, unidos con el amor á la poesía, á las artes, á la verdad filosófica y á la belleza ideal y que prometía, que producía ya mejor dicho, ópimos frutos. Sin embargo, aunque contemporáneo de Esquilo y admirador del rápido florecimiento de la que él llamaba «brillante Atenas, firme columna de Grecia y digna de ser cantada por los poetas»²⁾, el progreso siempre creciente de Atenas después de las guerras médicas, quedó por decirlo así completamente extra-

¹⁾ Remito al lector á las investigaciones sobre la vida de Pindaro que se encuentran en Böckh, *Pindar*, vol. 3, p. 12; á las cuales se puede agregar la introducción de Eustacio á su comentario sobre Pindaro en los *Eustathii Opuscula*, edición de L. Tafel, 1832, p. 32 (*Eustathii proœm. comment. Pindar.* edición de Schneidewin, 1837). *Véase también Schneidewin, *De vita et scriptis Pindari* en la edición de Dissen publicada por él, Gotha, 1843 y Tico Mommsen, *Pindaros, Kiel*, 1845. [También debe consultarse el notable libro de Leop. Schmidt, *Pindars Leben und Dichtung*, Bonn, 1862.]

²⁾ [Fragm. 54, seguramente del mismo ditirambo de que se ha tomado el fragm. 55, que dice atrevidamente:

ὄθι παῖδες Ἀθαναίων ἐβάλοντο φαεινὰν
κρηπίδ' ἐλευθερίας.]

ño á Píndaro. Pero las fuentes de su educación intelectual, han de buscarse en la época precedente y en la Grecia eolo-dórica; por esta razón le separamos de su contemporáneo Esquilo, colocando al primero en el fin del período anterior y comenzando con el segundo el nuevo período literario.

Era Píndaro natural de Cinoscéfale, aldea del territorio de Tebas, la más importante de las ciudades beocias, donde hacía mucho tiempo que no se había escuchado la voz de los cantores pierios ni la de los poetas épicos de la escuela de Hesiodo; no obstante, profesábase en ellas aún gran amor á la música y á la poesía que allí como en el resto de Grecia, siguiendo la corriente entonces predominante, había tomado las formas lírica y coral. La fama de que gozaron dos mujeres, *Mirtis* y *Corina*, prueba cuán provechosamente fueron cultivadas estas artes en Beocia, en la época en que florecía Píndaro. Ambas eran sus rivales en poesía: Mirtis le disputó el premio en los juegos públicos; y aunque Corina dice: «No es dado á Mirtis la de la voz melodiosa, á Mirtis que ha nacido mujer, entrar en liza con Píndaro»¹⁾, dicese que, quizá envidiosa de la creciente fama del poeta, contendió con él á menudo en los agones y aun se asegura que le venció cinco veces²⁾. Pausanias que en sus viajes había visto en Tanagra, patria de Corina, un cuadro que representaba á la poetisa en el momento de ceñirse la frente con la cinta triunfal ganada á Píndaro en un certamen³⁾, supone que la poetisa debió el triunfo, menos que á la superioridad de sus cantos, á su deslumbradora

¹⁾ El pasaje dice en el dialecto de Corina:

μέμφομαι δὲ καὶ λιγούραν Μούρτιδ' ἰώνγα,
ὅτι βάνα φούσ' ἔβα Πινδάρου ποτ' ἔριν.

Apolonio, *De pronom.*, p. 324, c, de Bekker. Fragm. 21 de Bergk.

²⁾ Eliano, *Historias varias* 13, 25. [La tosca frase *σὺν ἐκάλει τὴν Κόρινναν* que en la relación de Eliano, se pone en boca de Píndaro está en completo desacuerdo no sólo con el carácter del poeta sino también con lo que se dice de sus relaciones con la poetisa. La modificación *σὺν ἐκάλει Βοιωτίαν*, propuesta por Bernhardt, *Gr. Litteratur*, vol. 2, 1, p. 740, parece mucho más exacta desde el momento en que admitimos que las palabras de Píndaro, olímpica 6, 152 ó el pasaje de un ditirambo del mismo que cita el escoliasta (Fragm. 60 de Bergk), habían dado motivo á toda la narración inventada.]

³⁾ [9, 22, 3. El certamen por consecuencia del cual se adorna con la cinta triunfal, ganada á Píndaro, no aparecía evidentemente en el cuadro, sino que según todas las probabilidades no es más que una suposición de Pausanias.]

belleza y al dialecto beocio que empleaba y que era más conocido para los jueces del agón. Corina, sin embargo, no fué solo rival sino que fué también consejera de Píndaro, á quien recomendó embelleciese sus poemas con narraciones mitológicas; pero cuando un día la presentó un himno en cuyos seis primeros versos, que aún se conservan, introducía casi toda la mitología tebana, la poetisa le dijo sonriendo: «Debe sembrarse con la mano y no verter el saco de una vez»¹⁾; pero queda tan poco de la poesía de Corina que no es posible formar cabal juicio de su estilo y de su talento. Los fragmentos conservados se refieren en su mayor parte á asuntos mitológicos y en particular á las heroínas de la leyenda beocia. Esto y su rivalidad con Píndaro, prueban que debe contársela entre los maestros de la poesía coral y no entre los poetas líricos de la escuela lésbica.

Parece que la familia de Píndaro cultivó también las artes; por lo menos, infiérese de las biografías antiguas que el padre ó el tío del poeta fué flautista. El arte de tocar la flauta, como con repetición hemos dicho, fué importado del Asia Menor á Grecia. Además, Píndaro tenía cerca de su casa, en Tebas, un pequeño templo consagrado á la Madre de los dioses y á Pan²⁾, esto es, á las divinidades frigias en cuyo honor se suponía habían sido cantados los primeros himnos con acompañamiento de flauta³⁾. Los Beocios especialmente, habían aclimatado de antiguo en su país el arte de tocar la flauta; el lago Copais producía excelentes cañas para la fabricación de aquel instrumento y el culto de Baco, que se decía originario de Tebas, se acomodaba muy bien á las sonoras y variadas notas de la flauta. Así los primeros flautistas notables fueron beocios, mientras que en Atenas este instrumento no llegó á generalizarse hasta después de las guerras médicas, cuando comenzó á extenderse la afición á las innovaciones en materia de arte⁴⁾.

Píndaro sobresalió desde muy temprano por encima no sólo del flautista de las fiestas públicas, sino que también del poeta

¹⁾ [Fragm. 6 de Bergk. Por análoga abundancia de alusiones mitológicas se distingue también un fragmento que se menciona más adelante, en la p. 346.]

²⁾ *Pítica* 3, 76 (137).

³⁾ *Marmor Parium*, ep. 10.

⁴⁾ Aristóteles, *Política* 8, 6, p. 1341, a, 30. [Al modo de tocar la flauta los Beocios, se refiere la frase de Alcibiades en Plutarco, *Alcibiades* c. 2: *αὐλείτωσαν οὖν, ἔφη, Θεβαίων παιδες; οὐ γὰρ ἴσασι διαλέγεσθαι.*]

lirico de fama simplemente local; recibió lecciones de Laso de Hermiona, de quien ya hemos hablado, poeta distinguido pero más conocedor de la teoría que de la práctica de la poesía y de la música. Haciendo de estas artes la ocupación exclusiva de toda su vida (á él como á Safo se le llamó *μουσοποιός*), no siendo sino poeta y músico, Píndaro extendió bien pronto el círculo de su actividad poética á la nación entera y para todas las comarcas de Grecia compuso poemas líricos corales. A los veinte años compuso un canto de triunfo en honor de un joven tesalio de la familia de los Aleuades ¹). Inmediatamente después le encontramos ocupado en componer para los tiranos sicilianos Hieron de Siracusa y Teron de Agrigento; para el rey de Cirene, Arcesilao; para el de Macedonia, Amintas, y por último para todas las ciudades libres de la Hélade. No hizo el poeta distinción alguna en lo referente á las diversas razas á que pertenecían los que celebraba: los Estados jónicos lo mismo que las ciudades eólicas honraron su arte y su persona; los Atenienses le declararon huésped público (*πρόξενος*), y los habitantes de Ceos, á pesar de tener poetas propios como Simónides y Bachílides, le encomendaron la composición de un himno procesional (*προσόδιον*). No hay sin embargo que mirar á Píndaro como un poeta mercenario siempre pronto á hacer el elogio del que le pagaba. Es indudable que, siguiendo el uso general introducido por Simónides, aceptaba dinero y regalos por sus composiciones, pero en realidad éstas son fiel expresión de sus convicciones íntimas y de sus más firmes sentimientos. En la pintura de la virtud y de la fortuna, nunca emplea Píndaro colores demasiado vivos ni vacila tampoco en apelar á las sombras, á menudo para consolar pero á veces también para exhortar y para aconsejar. Así, Píndaro tiene el valor de hablar franca y paladinamente al poderoso Hieron, quien á muchas cualidades nobles y elevadas unía una avaricia y una ambición desenfrenadas que sus cortesanos explotaron para inducirle á adoptar medidas odiosas; el poeta le recomienda la clemencia y la bondad, y le exhorta á la tranquilidad del espíritu, á la calma, á la serenidad y al contento ²): «Sé sólo lo que crees ser», le dice; «sin duda el mono, en la fábula del niño, es *hermoso*,

¹) *Pítica* 10, compuesta el año 3 de la 69.^a Olimpiada, 502 a. Chr.

²) *Pítica* 2, 72 (131) oda compuesta por Píndaro en Tebas, pero sin duda, después de conocer personalmente á Hieron. [Sobre la época en que fué com-

muy hermoso; pero Radamanto goza de suprema ventura porque ha recogido los verdaderos frutos del alma y porque no ha alimentado su espíritu con los engaños que acompañan al arte del murmurador. El veneno de la calumnia es un mal inevitable lo mismo para el que la da oídos que para aquél que es su víctima; porque los calumniadores se asemejan en sus procedimientos á las zorras». Con la misma libertad y nobleza habla á Arcesilao IV, rey de Cirene, cuya tiránica severidad causó la ruína de su dinastía y el cual á la sazón tenía injustamente desterrado á Damófilo, uno de los nobles cirneos más distinguidos: «Apela ahora á la penetración de Edipo; si alguno con afilada segur corta las ramas de una soberbia encina mutilando de esta suerte su majestuosa forma, pierde, es cierto, sus verdes hojas; pero dará aún nuevas pruebas de su fuerza, bien cuando en el invierno sea devorada por el fuego, ya cuando arrancada del suelo que la nutrió en el bosque se la destine á desempeñar el triste oficio de columna en el palacio de un príncipe extranjero ¹).—Tú estás llamado á ser médico del país; Pean te honra; así, tu deber es curar con mano ligera las purulentas llagas. El más débil puede turbar el orden en una ciudad; pero es empresa difícil la de restablecerlo, á menos que de improviso un dios no enseñe el buen camino á los gobernantes. El favor y la gratitud te aguardan; dignate, pues, consagrar todo tu celo á la rica Cirene».

Tal era la conducta noble y levantada de Píndaro enfrente de estos príncipes, manteniéndose fiel al principio tantas veces por él proclamado: el principio de que la franqueza y la sinceridad son siempre dignas de elogio. Sin embargo, las relaciones de Píndaro con los potentados de su tiempo, parecen haberse limitado exclusivamente á la poesía y no haber tomado otra forma que la poética. No le vemos como á Simónides en continuo trato con los reyes y con los estadistas, de quienes este último fué amigo y consejero, ni tomar parte en los públicos acontecimientos, ni como político ni como cortesano, ni en las guerras médicas brilló su nombre como el de Simónides; bien es verdad que sus con-

puesta, véase L. Schmidt, *Zur Chronologie der Pindarischen Gedichte*, in *Comment. philol. in hon. Mommseni*, Berolini, 1877, p. 48 y ss.]

¹) **Pítica* 4, 264 (469) y siguientes. La encina de este enigma es el Estado de Cirene; las ramas, los nobles desterrados; el fuego del invierno, la insurrección; el palacio del soberano extranjero, un imperio conquistador, especialmente el persa.

ciudadanos los Tebanos con la mitad del pueblo griego estaban del lado de los Persas, mientras que el espíritu de independencia y de libertad, y con él la suerte de las armas, seguían á la otra mitad de la Grecia. Pero venciendo tan desfavorables circunstancias, la musa pindárica se alza como siempre noble y hermosa. Cierto es que no trató—pues habría sido tarea inútil,—de ganar á los Tebanos para la causa de la libertad; pero cuando durante la guerra las discordias intestinas y las luchas de partido amenazaban arruinar por completo la ciudad, Píndaro inculca en el ánimo de sus conciudadanos sentimientos de paz y de concordia ¹⁾, y terminada la guerra no vacila en expresar su admiración por el heroísmo de los vencedores, en poemas dedicados á los Eginetes y á los Atenieses. En un canto, la séptima ístmica, que compuso pocos meses después de la rendición de Tebas al ejército aliado de los Griegos ²⁾, su alma parece profundamente conmovida ante la desventura de su ciudad natal; pero torna luego á la alegría porque, después de todo, los Griegos habían sido librados de un gran peligro, y un dios había apartado de sus cabezas la roca de Tántalo. El poeta espera que la libertad reparará todos los males y se dirige al fin lleno de confianza á la ciudad de Egina que según antiguas leyendas estaba íntimamente unida á Tebas, y cuyas gestiones cerca de los Estados del Peloponeso, podrían permitir alzar de nuevo la frente á la humillada capital de la Beocia.

A esto se reduce cuanto hoy se sabe de la vida de Píndaro y de sus relaciones con sus coetáneos; ahora vamos á estudiarle como poeta, á observarle, permítaseme la frase, en el mismo taller de su trabajo poético. El único género que puede darnos una idea clara de todo el arte de Píndaro, es el de los cantos de triunfo ó epinicias. Verdad es, por otra parte, que se distinguió igualmente en todos los géneros de poesía coral que hemos mencionado: Píndaro compuso himnos á los dioses ³⁾, peanes y ditirambos

¹⁾ Polibio 4, 31, 5. *Fragm. inc.* 125 de Böckh. [86 de Bergk comparado con el 87 y el 179.]

²⁾ En el invierno del año 2 de la 75.^a Olimpiada.

³⁾ [A uno de ellos, quizá á Zeus Ammon está dirigido, según la hipótesis de Schneidewin, un largo fragmento que sin el nombre del autor se ha encontrado en Hipólito, *Adv. haeret.* 5, p. 96 de Miller. Véase sobre este particular á Bergk, *Poetae lyriici*, p. 1338 y ss. de la 3.^a edic., el cual sin embargo, no tiene al tal fragmento por pindárico. En éste como en el citado en la p. 343 se encuentran amontonadas múltiples alusiones mitológicas.]

para el culto de determinadas divinidades, odas para las procesiones (*προσόδια*), cantos á las vírgenes (*παρθένεια*), aires para la danza mímica (*ὑπορχήματα*), canciones simpóticas (*σκόλια*), cantos fúnebres (*θρήνοι*), panegíricos de príncipes (*ἐγκώμια*) bastante análogos á las epinicias; y en todas estas clases de poemas, Píndaro, como lo prueban numerosas citas de pasajes aislados, alcanzó tanta fama entre los antiguos, como por sus odas triunfales. El mismo Horacio enumerando los diversos géneros de poesía pindárica, coloca en primer término los ditirambos, menciona luego los himnos y en seguida las epinicias y los trenos ¹⁾. Es, sin embargo, indudable que las epinicias debían tener alguna evidente superioridad, cuando tan multiplicadas fueron por los copistas de los últimos tiempos y cuando ellas solas se salvaron de perecer con el resto de la poesía lírica de los Griegos. Por otra parte, estos cantos triunfales por la multiplicidad de los asuntos, por la elegancia de la composición, por la variedad del estilo, ya severo y grave, ya ligero y sereno, asemejándose los unos á himnos y á peanes y acercándose los otros á escolios é hiporquemas, son los únicos que en cierto modo pueden indemnizarnos de la pérdida de sus demás composiciones.

Ahora vamos á explicar lo más someramente que nos sea posible, en qué circunstancias se componían y en qué otras se recitaban las epinicias. Cuando en un agón celebrado en cualquiera de los cuatro grandes juegos más célebres en toda la Grecia ²⁾, se obtenía la victoria ya por la velocidad de los caballos, ya por la fuerza y la destreza del cuerpo, ya en fin, por la maestría en la música ³⁾, tal triunfo rodeaba de una aureola de gloria no sólo al vencedor, sino á toda su familia y hasta á su ciudad

¹⁾ [Oda 4, 2.]

²⁾ Los olímpicos, píticos, nemeos é ístmicos. No todas las epinicias, sin embargo, se compusieron para estos juegos; así, por ejemplo, la segunda pítica no es en realidad una pítica, sino que verosíblemente fué compuesta para los juegos de Iolao en Tebas. La novena nemea celebra una victoria obtenida en los juegos píticos de Sicione (y no en Delfos); la décima canta un triunfo alcanzado en las Hecatombas de Argos; la undécima no es un epinicio, sino una oda cantada al tomar posesión de su cargo un pritano de Tenedos. En un principio las nemeas, debieron estar después de las ístmicas, al final de la colección, para que pudiera agregárseles á modo de apéndice ó suplemento, composiciones de otro orden.

³⁾ El único ejemplo de este género es la pítica 12 en que el poeta canta la victoria de Midas, flautista de Agrigento.

natal y debía ser solemnemente celebrado. La fiesta podía ser organizada inmediatamente por los amigos del vencedor y en el mismo teatro de la victoria, por ejemplo, en Olimpia, cuando por la noche una vez terminados los certámenes resonaban en el templo, iluminado por la luna llena, alegres cantos á manera de encomios ¹⁾, ó bien podía diferirse hasta hallarse de regreso en la patria del vencedor, donde la solemnidad se repetía por espacio de muchos años en conmemoración del triunfo ²⁾. Tal solemnidad revestía siempre carácter religioso; á menudo comenzaba con una procesión á un altar ó á un templo ya en el lugar mismo en que se habían celebrado los juegos, ya en la ciudad natal del vencedor; y después de haber ofrecido un sacrificio á los dioses, bien en el templo bien en la misma casa del triunfador, celebrábase un banquete al cual seguía el alegre *κόμος* que ponía fin á la fiesta ³⁾. En esta solemnidad sagrada, ruidosa y alegre—de que tanto gustaba el pueblo griego—comparecía el coro amestrado por el poeta ó por el maestro ⁴⁾ que le reemplazaba, para cantar el himno de victoria que era considerado como el más bello ornamento de la fiesta. Este himno que no era propiamente un himno religioso á propósito para ser cantado durante el sacrificio, entonábase bien en la pompa, ó sea la procesión solemne, bien en el comos. La forma de las epinicias dependía necesariamente hasta cierto punto de la ocasión en que habían de recitarse. De ciertas expresiones empleadas en diversas epinicias, puede inferirse que todos los cantos compuestos de estrofas sin épedo ⁵⁾ se entonaban en las procesiones al santuario ó á la casa del vencedor, si bien se encuentra algunas que á pesar de tener expresiones que denotan marcha y movimiento tienen también

¹⁾ Palabras de Píndaro en la olímpica 11, 76 (93), donde este uso es transportado á la introducción mitológica de los juegos olímpicos por Heracles.—Las olímpicas 4 y 8, la pítica 6 y probablemente también la 7, debieron cantarse en el lugar mismo de los juegos.

²⁾ En una de estas fiestas conmemorativas, se cantaban la 9.ª olímpica, la 3.ª nemea y la 2.ª istmica.

³⁾ [Véase Cap. III, p. 42.]

⁴⁾ Como el estinfalio Eneas, olímpica 6, 88 (150), á quien el poeta llama verdadero mensajero, simbólico secreto de las Musas de hermosa cabellera, dulce crater de cantos armoniosos, porque debía llevar á Estinfalo el canto que había recibido del mismo Píndaro, y enseñar allí á un coro, la danza, la música y el texto del referido canto.

⁵⁾ Olímpica 14. Pítica 6, 12. Nemea 2, 4, 9. Istmica 7.

éposos ¹⁾; pero quizá se entonaban estos últimos en ciertos momentos en que la procesión se detenía, pues que, según indican los antiguos, el épodó exigía siempre una parada del coro. Pero la mayoría de las odas de Píndaro se entonaban en el comos propiamente dicho, esto es al terminar el banquete; así las odas pindáricas toman más á menudo sus títulos del comos, que de la victoria ²⁾.

Una epinicia cuyo motivo era un triunfo alcanzado en los juegos sagrados y su objeto ilustrar una solemnidad relacionada con el culto de los dioses, debía naturalmente componerse en estilo severo y majestuoso. Por otra parte, la tradicional severidad de los nomos y de los himnos, no era conciliable con la tumultuosa alegría del festín; sino que ésta exigía cierta libertad de expresión y serenidad de ánimo que estuviese en armonía con el triunfo que motivaba la fiesta é hiciera resaltar las relevantes prendas del vencedor. Pero Píndaro no trata de lograr este objeto describiendo detalladamente la victoria, lo cual no habría sido más que una simple repetición del espectáculo presenciado ya con delectación por los griegos reunidos en Pito ó en Olimpia, y generalmente no hace más que recordar en breves palabras el triunfo, el lugar y los juegos en que fué obtenido ³⁾. Y sin embargo, la victoria no es para el poeta, como muchos escritores han supuesto, asunto de un interés secundario y del cual necesitara desembarazarse para pasar á otros de mayor importancia, sino que es por el contrario el verdadero centro en torno del cual gira todo el poema; y la considera no como mero accidente sino como relacionada con la vida entera del que la obtiene. Píndaro sabe dar al triunfo un gran alcance para la vida del vencedor, formando un alto concepto de la suerte y del carácter del héroe, concepto que la victoria viene á confirmar. Y como los Griegos, poco habituados á considerar al hombre bajo el punto de vista estrictamente individual, le miraban siempre como miembro de su familia y de su pueblo, Píndaro también relaciona la gloria del vencedor con la

¹⁾ Olímpica 8, 13. La expresión *τόνδε κόμον δέξει*, significa sin duda: «recibe este canto de compañeros que se han reunido para un sacrificio y un banquete».

²⁾ *ἐπικόμιος ὕμνος, ἐγκώμιον μέλος*. Los gramáticos, sin embargo, distinguen de los epinicios, los encomios como poemas laudatorios propiamente dichos.

³⁾ Por el contrario, encuéntrase á menudo una enumeración exacta de todas las victorias, no sólo del actual triunfador, sino de toda su familia, evidentemente porque así se le había encomendado al poeta.